

NOTAS SOBRE REVELACION, ESCRITURA E HISTORIA

*Alberto Espezel**

1 El camino de Reimarus, Strauss y Renan

Para estos autores, en el Nuevo Testamento casi todo es legendario, imaginado, mitológico, no propiamente histórico. No hay ninguna objetividad real de aquello extraordinario y milagroso. Los milagros y la resurrección de Jesucristo no son históricos ni han tenido lugar en la realidad. Son míticos y no han tenido testigos oculares capaces de transmitirlos con fidelidad. Mito entendido como concreción de la idea mesiánica sobre Jesús. La formación del mito es un proceso consciente. Es que no puede haber una suspensión de las leyes de la naturaleza. La naturaleza, por otra parte, no es creación, no es don. Tanto desde las religiones comparadas como desde la filosofía y antropología de lo religioso, estamos ante una proyección subjetiva del hombre que imagina y crea lo extraordinario (Feuerbach).

En el camino de Reimarus, en el caso de Strauss (m.1874), Jesús es ejemplo singular y símbolo de la hegeliana encarnación de la idea divina en la humanidad, tal como se da en la historia. Ni los milagros, ni la resurrección, ni la concepción virginal dejan de ser míticos y no acontecimientos históricos. Los relatos de la resurrección son contradictorios entre sí. Ya Strauss opone el Cristo de la fe al Jesús histórico. Así Strauss se convirtió en símbolo del teólogo no creyente. Ello no obsta a que sean conocedores competentes del Nuevo Testamento y filólogos destacados.

* Sacerdote de San Isidro. Dr. en Teología (Univ. Gregoriana). Profesor de Dogmática en la Facultad de Teología (UCA). Miembro del Consejo de redacción de *Communio Argentina*.

Para Renan (m. en 1892) no hay una verdadera inspiración de los libros sagrados. Tampoco para él son históricos ni la concepción virginal, ni los milagros, ni la resurrección. Con su excelente pluma, presenta a un Jesús romántico atrayente y sin consistencia histórica. Subraya las discordancias de los sinópticos y de los relatos de apariciones del Resucitado. Su *Vida de Jesús* tiene un enorme éxito editorial, que llega a nuestras playas en el último tercio del s XIX.

En el fondo, no creen en la divinidad de Jesucristo. Una vez más, Nicea opera como una divisoria insoslayable de aguas. No creen en el Jesucristo creído en Nicea, Hijo encarnado consubstancial al Padre y Dios en sentido propio y fuerte. Consecuentemente no creen en la Trinidad de Dios ni tampoco, naturalmente en la inspiración de las Escrituras, y seguramente tampoco creen sencillamente en Dios.

2 Harnack y la helenización de lo cristiano

En una generación posterior, Adolf von Harnack (m. en 1930) opone el Cristo de la fe creído y teñido de helenización, al Jesús histórico. La helenización del dogma creído tiñe la verdadera historia, y por ello lo extraordinario y legendario (milagros, resurrección, concepción virginal) no son verdaderamente históricos. Nuevamente, Jesús no es el Hijo divino consubstancial al Padre. Jesús no es Dios: Harnack no cree en la divinidad de Jesucristo, ni en la concepción virginal

La tesis de la helenización omite reconocer que ya al interior de los libros sapienciales se opera una mutua influencia cultural entre lo hebreo y lo griego, que no tiene por qué no continuar en la Iglesia naciente y en el medio helenístico propio de la misión de los primeros siglos de la Iglesia. A su modo, Harnack es el anti Newman del *Development of the Christian Doctrine*.

Los concilios y su evolución dogmática son para Harnack una caída del origen, del Jesús histórico al Cristo preexistente, provocando un alejamiento intelectualista y abstracto respecto a la predicación de Jesús. Jesús es un maestro intemporal, más el primer cristiano ejemplar que Cristo mismo.

3. El drama de Loisy

Sus numerosos aciertos exegéticos, su muy buen conocimiento del Nuevo Testamento no encuentran casi interlocutores en la Iglesia que dialogaran a su altura del tiempo, salvo Lagrange, Blondel, y finalmente Guitton, muchos años después, al comienzo de la segunda guerra mundial. Tiene un buen conocimiento del *status questionis* exegético de su tiempo. Pero, termina negando todo lo sobrenatural: concepción virginal, milagros, resurrección. Tiene influencia en el ámbito francés, inglés (von Hügel), italiano (Buonaiutti, Fogazzaro) y alemán, por ej. en el profesor de Guardini, Wilhelm Koch.

Su pérdida paulatina de fe, dramática en este sacerdote tan dotado, arrastra una crítica aguda a todo lo extraordinario en la historia de Jesús, que nuevamente es legendario y ajeno a la historia. Su condena indiscriminada y en parte comprensible, dada la entidad de sus cuestionamientos, conlleva una *Wirkungsgeschichte* (historia de efectos) fatal que recién se empieza a corregir en la década de 1940 con declaraciones de la Pontificia Comisión Bíblica, con *Divino Afflante Spiritu* ya casi en las puertas del Concilio, y con Dei Verbum. Podemos ver a Loisy como símbolo de una modernidad agnóstica típica del espíritu de nuestro tiempo.

4. Guardini y la revolución copernicana

En discusión permanente con su admirado profesor modernista Wilhelm Koch (y seguramente ya con el Bultmann de la desmitologización), Guardini sostiene que el Cristo con el que el teólogo se encuentra, es el que le sale al encuentro desde la integridad de la predicación apostólica del Nuevo Testamento. El Cristo al que se refiere quien cree en serio es el de la realidad original. Y las manifestaciones de los apóstoles (testigos oculares) son introducciones hacia El y constantemente quedan rezagadas respecto a su plenitud de Dios-hombre. Los apóstoles nunca dicen más de lo que era el Jesús histórico, sino siempre menos. Por eso también el que lee adecuadamente el NT siente empezar a fulgurar detrás de cada frase una realidad, una figura (diría Balthasar) que sobrepuja lo dicho o expresado.

Por tanto, la auténtica teología bíblica debe realizar completamente un giro copernicano frente al planteamiento racionalista. Su intención científica no puede dirigirse a extraer, de unas representaciones supuestamente exageradas, una primera realidad verdaderamente simple (histórica); sino que se trata de hacer evidente lo que originalmente es grande, a partir de una serie de representaciones, cada una de las cuales es válida, pero, a pesar de un ahondamiento progresivo, debe resultar siempre insuficiente (*Realidad humana del Señor*, 17).

5. Testimonio de la impresión del Jesús recordado (James Dunn)

De un modo paralelo y de algún modo análogo, el exégeta de Edimburgo, hoy profesor emérito, sostiene que es una ilusión la idea de que un Jesús reconstruido desde las tradiciones evangélicas (el Jesús histórico, significativamente diferente del Jesús de los evangelios), sea el Jesús que enseñó en Galilea. La idea de que por medio de la perspectiva de fe de los escritos del Nuevo Testamento podemos llegar a ver un Jesús que no inspiró la fe o que inspiró la fe de una manera diferente, es una quimera. No existe tal Jesús. En cambio, está fuera de cuestión que sí existió un Jesús que inspiró la fe, que en su debido curso encontró expresión en los evangelios.

Pero que podamos esperar en despojar de algún modo el impacto o impresión teológica que ocasionó en sus discípulos, para alcanzar a un Jesús diferente (¡el Jesús real!), es por lo menos caprichoso. No se trata simplemente de que “alcanzamos a Jesús solamente por medio de la imagen que los discípulos hicieron de El” (Marrou), sino que también el único Jesús que alcanzamos por medio de esta imagen es realmente el Jesús que inspiró esa imagen (*Jesus Remembered*, 127).

Por supuesto que (sobre Jesús) tenemos algunos ecos de una perspectiva externa en fuentes romanas y rabínicas. Pero no tenemos retratos de Jesús vistos por los ojos de los sumos sacerdotes o de las autoridades romanas o del pueblo campesino. **No tenemos un retrato neutro de Jesús. Todo lo que tenemos en los evangelios del Nuevo Testamento es Jesús visto con los ojos de la fe.** No tenemos el Jesús histórico, sino el Cristo histórico. La fe no contamina la validez y objetividad de la figura transmitida. No tenemos otra figura que la transmitida desde la fe (*Jesus Remembered*, 127).

El autor afirma que la debilidad del criticismo de las formas está dada...por la idea de que hay una realidad recuperable (una forma original) intocada por la fe detrás del texto. Y se podría agregar la pretensión de que muchas de las formas literarias originales tuvieron su sesgo original y su vida fuera de las comunidades de fe. Hemos de preguntarnos si tenemos en la tradición sinóptica algún dato que sea intocado por la fe desde el comienzo.

Las primeras tradiciones son el producto de la respuesta del discípulo. No se trata de un significado objetivado que ha de ser rescatado o recuperado por el despojamiento de los agregados de la fe de los discípulos. En su primera forma, la tradición misma es en un sentido crucialmente importante ***creación de fe***, o para ser más preciso, es el producto o resultado de los encuentros entre Jesús y aquellos que se hicieron sus discípulos (*Jesus Remembered*, 129).

Por consiguiente, el punto para nosotros es que ***la expresión o narración atestigua el impacto o impresión producida por Jesús***. Pero ello no nos habilita para ir detrás de este impacto a un Jesús que habría de haber sido escuchado de un modo diverso. El impulso original detrás de estos registros se encontraba ***en los dichos de Jesús en tanto escuchados y recibidos, en las acciones de Jesús en tanto testimoniadas y retenidas en la memoria*** (ambas partes de cada frase son igualmente importantes). Y hemos de agregar en ambos casos, y como reflejados de allí en adelante (*Jesus Remembered* 129).

La tradición de Jesús da acceso inmediatamente, no a una palabra o hecho recordado en forma desapasionada, no solamente al producto de fe (la fe de los años 50, 60, 70, 80), sino al proceso entre los dos, a la tradición que comenzó con el impacto inicial de la palabra o la acción de Jesús y que continuó a influenciar a los retransmisores intermediarios de la tradición hasta su cristalización en los relatos de Marcos, o Mateo o Lucas. Hemos de tomar en serio el carácter de la tradición como respuesta de discípulo, y la profundidad de la tradición, como también su forma final (*Jesus Remembered*, 130)

Hemos de reconocer que el proceso de transmisión comenzó con la palabra inicial o el hecho de Jesús. Es decir, el impacto o impresión hecho por Jesús no hubo de ser algo que sólo fue puesto más tarde en una forma tradicional (días, meses o años). ***El impacto habría incluido la formación de la tradición para recordar lo que el impacto suscitó.*** Realizando su impacto, la palabra o el evento que impactaron devinieron la tradición de esa palabra o evento. (“Barrett: ...a causa de la impresión... no pudo ser olvidado”).

El estímulo de alguna palabra o historia, la excitación, el asombro, la sorpresa de algún hecho sería expresado en esta reacción inicial compartida. La estructura, los elementos identificatorios y las palabras claves (el meollo o el climax) serían articulados en una forma oral en el reconocimiento inmediato de la significación de lo ocurrido y dicho (*Jesus Remembered*, 240).

El carácter de la tradición como *memoria compartida* significa que en muchas instancias no sabemos con precisión lo que Jesús dijo o hizo. Lo que tenemos en la tradición de Jesús son *los rasgos coherentes y consistentes del impacto o impresión compartidos por sus hechos y palabras, no los hechos y palabras de Jesús como tal.* Lo cual configura su figura. Lo que tenemos son ejemplos de repetición oral de la tradición compartida, transmisión que revela la flexibilidad y elaboración del proceso oral (*Jesus Remembered*, 241).

Y así la figura transmitida es originaria y singular, de una hondura y riqueza excepcionales, y esto ya desde el comienzo de su transmisión.

6. El género del evangelio

Rudolf Schnackenburg describe en su introducción a *La persona de Jesús en el espejo de los cuatro evangelios*, lo que constituye el género del evangelio y su validez histórica. Desde que se advierte aquella fosa entre el Jesús que predica y el Jesús predicado, surge la inquietud de separar a Jesús de Nazaret de toda la sobrepintura dogmática para dejar libre su figura histórica en El.

Se ha desarrollado o erigido la *Leben Jesu Forschung* dominando todo el s.XIX, que veíamos sumariamente arriba. Pero todo esto no llevó a

ningún resultado convincente, sino a imágenes de Jesús diversas condicionadas subjetivamente y por presupuestos de visiones del mundo diversas. Estas reductoras investigaciones debían fracasar, porque los evangelios no son escritos preponderantemente orientados en forma histórica, sino que todo lo histórico transmitido se encuentra *al mismo tiempo* inserto en la imagen de fe de Jesucristo. (Schnackenburg, 1993, 15)

Y agrega aún más: el verdadero Jesús histórico se escapa a nuestra mirada y no es alcanzable por la investigación histórico-crítica. Lo que resulta de una investigación con un enorme instrumental metodológico es una construcción según un modo de procedimiento utilizado en la historia general, pero que resulta totalmente insuficiente para una figura tan extraordinaria como la de Jesús de Nazaret, figura sólo alcanzable en la fe.

Jesús no es una persona igual a César, Napoleón u otros grandes de la historia, que se ordenan en el flujo de los acontecimientos del mundo. Jesús rompe y supera la historia. Tampoco es una figura espiritual como Platón, Aristóteles u otros filósofos, sino que habla desde otro horizonte, que desea responder a la pregunta que toca a todo hombre sobre el sentido de la existencia y las tareas de la vida humana desde una mirada más profunda derivada del estar enraizados los hombres en Dios y en su verdad (Jn. 18,37). El cristianismo primero está atravesado por esta convicción y por ello todos los textos que poseemos sobre Jesús están fundados en este plano de comprensión religiosa (1993, 19).

El evangelio entonces no es ninguna biografía de Jesús según el modelo de descripciones de vida de la antigüedad, tampoco ningún producto literario del tipo de memorias, que se compilaran con los recuerdos de la vida de un gran hombre, tampoco el relato de los hechos de un glorioso taumaturgo. No es tampoco una obra que quiera glorificar al hombre Jesús. Se trata inextricablemente de *un escrito histórico de tipo kerigmático*.

Los evangelistas no construyeron su imagen de Jesús a partir de tradiciones individuales, sino que partieron de una imagen o figura completa de Jesús, y han incluido los relatos particulares como ilustraciones de su fe. No pretendían un mosaico sino un retrato completo en el que la predicación de Jesús y su doctrina, sus curaciones y milagros, sus obras y su

instrucción de los discípulos confluyeran en una unidad. No es una fotografía del Jesús histórico, sino un retrato completo, que permite conocerlo mejor y más profundamente que una pura transmisión de sus caminos. Semejante retrato es por un lado irreal, pero por otro más verdadero que cualquier fotografía. Devela mejor los deseos, motivos y fuerzas que movían a Jesús, y abre la mirada al misterio de la persona de Jesús que no se deja profundizar sino en la fe (Jesus, 353).

7. Conclusión provisoria

La figura completa de Jesús, recordada en la impresión del origen, no se encuentra contaminada por una fe que destruye su veracidad histórica, sino que ha sido acuñada desde la fe y al servicio de ella en la misión. El Espíritu es también un guía invisible en este proceso admirable del cortísimo plazo de composición del Nuevo Testamento. Y es en el mismo Espíritu que accedemos al evangelio.

Por ello, la pretensión contemporánea y preponderantemente anglosajona, de diseccionar quirúrgicamente lo histórico respecto de lo dogmático y de fe, es un intento que no da cuenta suficientemente del género inextricablemente histórico y dogmático (de revelación) que el evangelio posee. La extraordinaria erudición de algunos de estos intentos debe ser reconocida y valorada. Y es fuente muchas veces de conocimientos muy valiosos, a pesar de considerar cuestionable la pretensión mencionada. Lo cual no obsta tampoco a resaltar el valor histórico de los textos que se estudian con aquella “simpatía crítica” de la que hablaba Kümmel, indispensable para superar aquella hermenéutica de la sospecha, que impide una mirada fresca y abierta a una palabra que es inspirada, y que es, al fin de cuentas, palabra de Dios dirigida al hombre para su conversión y diálogo con Dios en la Iglesia, en la que leemos los textos y de quien recibimos los textos inspirados.

Recordemos nuevamente al Espíritu de Cristo que inspiró los textos, que inspiró previamente la tradición oral, que inspiró la oración litúrgica primitiva, que inspira hoy a la Iglesia creyente, y que ayuda poderosamente a que Cristo sea hoy, como quería Kierkegaard, nuestro contemporáneo, en la Palabra y en el sacramento, de un modo único en la Eucaristía.